

—Este Juan, dijo Pablo, es un buen muchacho.

—¡Oh! sí.

—No hay nadie mejor en el mundo que Juan.

—No, no hay nadie mejor.

El cara se volvió para ver otra vez á Juan, que se iba perdiendo ya de vista en las profundidades del monte.

—¡Oh! sí, lo es usted, señor cura.

—No, yo no, yo no.

—Pues bien, ¿quiere usted que yo le diga lo que pienso, señor cura? No hay nadie mejor en el mundo que ustedes dos. Esta era la pura verdad... ¡Oh! mire usted qué buen sitio para trotar. Voy á dejaf andar lo que quiera Niniche... Yo la he puesto Niniche.

Pablo con la punta del látigo acarició el costado de Niniche, que se puso á trotar con un paso del demonio, y muy contento decía:

—Pero mire usted cómo levanta las manos, señor cura, mire usted cómo levanta las manos. ¡Y tan acompasada! Es una verdadera máquina... Inclínese usted para verla.

El cura, por dar gusto á Pablo, se inclinó un poco para ver cómo Niniche levantaba las manos... pero él iba pensando en otra cosa.

II

Este teniente de artillería se llamaba Juan Reynaud. Era hijo del médico del pueblo que reposaba en el cementerio de Longueval. Cuando el cura Constantino, en 1846, vino á tomar posesión de su pequeño curato, un doctor Reynaud, el abuelo de Juan, se encontraba instalado en una alegre casita que daba vistas á la carretera de Souvigny entre los dos castillos de Longueval y de Lavardens.

Marcelo, el hijo de este doctor Reynaud, terminaba en París sus estudios de medicina. Era un gran amigo del trabajo y dotado de una rara y distinguida inteligencia. Fué recibido con el número primero en el concurso del grado. Estaba resuelto á quedarse en París y á buscar allí la fortuna... y todo ya le prometía la más dichosa y brillante carrera, cuando recibió en 1852, la noticia de la muerte de su padre, ocasionada por un ataque de apoplejía. Marcelo acudió en seguida á Longueval, con el corazón desgarrado. Adoraba á su padre. Pasó un mes al lado de su madre, y, al cabo de este tiempo, habló un día de la necesidad de su vuelta á París.

—Es verdad, le dijo ella, es preciso que te marches.

—¡Cómo! ¿que yo me marche?... Que nos marchemos los dos. ¡Crees tú que te voy á dejar aquí sola!... Yo te llevo.

—¡Ir yo á vivir á París!— ¿Abandonar este país donde he nacido, donde tu padre ha vivido y en donde él ha muerto?... Jamás podría hacer una cosa semejante. Vete solo, porque tu vida y tu porvenir están allí. Te conozco y sé que no me olvidarás, y que vendrás á menudo, sí, á menudo.

—No, madre mía, respondió él me quedaré. Renunció al viaje y sus esperanzas, sus ambiciones, todo se desvaneció para él en un minuto. No vió más que una cosa: su deber, que era no abandonar á su madre anciana y enferma. Halló en este deber, que tan sencillamente aceptó y con tanta naturalidad cumplió, su verdadera felicidad. Por otra parte, es lo cierto que en este mundo, en donde se encuentra la verdadera felicidad es en el cumplimiento del deber.

Marcelo se doblegó de buen grado á su nueva existencia. Continuó la vida de su padre y, colocando su sillón en el mismo sitio en que él lo había dejado... se entregó por completo, sin pensar y sin pensamiento alguno oculto, á la oscura profesión de médico de pueblo. Su padre le había dejado un poco de dinero y unas pocas tierras; y vivía lo más sencillamente del mundo, dedicando la mitad de su vida á los pobres, de los cuales

nunca quería recibir ni un solo céntimo. Este era su único lujo.

Una joven encontró en su camino, sin fortuna, pero encantadora y sola en el mundo, y se casó con ella. Esto acontecía en 1855, y el año entrante tenía reservado al doctor Reynaud un gran dolor y una gran alegría. La muerte de su anciana madre y el nacimiento de Juan.

En un espacio de seis semanas el padre Constantino rezó el oficio de difuntos sobre la tumba de la abuela, y derramó el agua del bautismo sobre la cabeza del nieto. A fuerza de encontrarse tantas veces á la cabecera de los que sufrían y de los que morían, el cura y el médico, con el mismo corazón y el mismo sentimiento, se atrajeron, y unidos se llegaron á creer de la misma familia, de la misma raza de los cariñosos, de los justos, y de los benéficos.

Los años se sucedieron unos á otros, en calma, apacibles, tranquilos, con la plena satisfacción del trabajo y del deber. Juan iba creciendo... Tomó de sus padres las primeras lecciones de ortografía, y con el cura las primeras lecciones de latín. Juan era inteligente y laborioso; hizo tales progresos que, los dos profesores, el cura sobre todo, al cabo de algunos años se encontraron en un verdadero conflicto. Su discípulo había llegado á ser demasiado adelantado para ellos. Entonces fué cuando la condesa, después de la muerte de su marido, vino á establecerse á Lavardens. Trajo un preceptor para su hijo Pablo, que era

un muchacho muy guapo, pero muy holgazán. Los dos niños eran de la misma edad y se conocían desde sus más tiernos años.

Mad. de Lavardens quería mucho al doctor Reynaud, y un día le hizo esta proposición:

—Envíeme usted todas las mañanas á Juan; yo se lo devolveré por las noches. El preceptor de Pablo es un joven muy ilustrado y hará estudiar á nuestros dos hijos... Me hará usted un favor. Juan dará un buen ejemplo á Pablo.

Las cosas quedaron arregladas de este modo, y el aldeanito dió, en efecto, al pequeño aristócrata excelentes ejemplos de estudio y aplicación; pero estos excelentes ejemplos no fueron imitados.

La guerra se declaró. El 14 de Noviembre, á las siete de la mañana, los movilizados de Souvigny se reunieron en la plaza mayor de la ciudad; nombraron capellán al cura Constantino y médico al doctor Reynaud. La misma idea les vino al mismo tiempo á los dos; el cura tenía sesenta y dos años y el médico cincuenta.

El batallón, á la salida, tomó el camino que atravesaba por Longueval, y que pasaba por delante de la casa del doctor. Mad. Reynaud y Juan esperaban á la vera del camino. El niño se arrojó en los brazos de su padre: «Llévame, papá, llévame.» Mad. Reynaud lloraba, y el doctor los besó largo tiempo á los dos, continuando después su marcha.

El camino, á cien pasos de distancia, hacia un

recodó. El doctor se volvió y dirigió á su mujer y á su hijo una insistente mirada... la última. No debía verlos más.

El 8 de Enero de 1871, los movilizados de Souvigny atacaban la aldea de Villersexel, ocupada por los prusianos, que habían almenado los muros y hecho barricadas en las calles y en las casas. La fusilería rompió el fuego. Un movilizado que iba en primera fila recibió un balazo en medio del pecho y cayó. Hubo un momento de turbación y de indecisión. «¡Adelante! ¡adelante!» gritaron los oficiales. Los hombres pasaron por encima del cuerpo de su compañero, y sufriendo una granizada de balas, entraron en el pueblecito.

El doctor Reynaud y el cura Constantino seguían con las tropas. Se detuvieron al lado del herido. La sangre le salía á borbotones por la boca.

—No se puede hacer nada, dijo el doctor; se muere, y usted se encargará de él.

El cura se arrodilló al lado del moribundo, y el doctor, levantándose, siguió con todos al pueblo. No había andado aún diez pasos cuando se detuvo, extendió los brazos en cruz y cayó en tierra. El cura fué hacia él. Estaba muerto. Una bala que le entró en la sien le dejó cadáver.

Por la tarde el pueblecillo era nuestro, y al día siguiente se depositaba en el cementerio de Villersexel el cuerpo del doctor Reynaud. Dos meses después el cura Constantino traía á Longueval el féretro de su amigo, y detrás de este fére-

tro, á la salida de la iglesia, iba un huérfano. Juan también perdió á su madre. Al saber la noticia de la muerte de su marido permaneció durante veinticuatro horas anonadada, aniquilada, sin decir una palabra ni derramar una lágrima. En seguida la fiebre se apoderó de ella, después vino el delirio, y más tarde, al cabo de quince días la muerte.

Juan se encontraba solo en el mundo. Tenía catorce años. De esta familia, en la cual todos hacía un siglo eran buenos y honrados, no quedaba ya más que un niño, arrodillado delante de una tumba, y que prometía ser lo que había sido su abuelo y lo que había sido su padre, honrado y bueno. Existen familias en Francia, y muchas y muchas más que no se atreven á contarlos, siendo nuestro país en bastantes conceptos cruelmente calumniado por ciertos novelistas, cuyo único propósito es presentar cuadros violentos y exagerados. Ciertamente es que la historia de los hombres de bien es casi siempre monótona y triste. Este relato es la prueba más evidente de ello.

El dolor de Juan fué un dolor de hombre. Por mucho tiempo permaneció triste y silencioso. Por la tarde, después del entierro de su padre, el cura Constantino le llevó con él á su casa. El día había sido lluvioso y frío. Juan estaba sentado al lado de la lumbre. El sacerdote leía su breviario. La vieja Paulina iba y venía, arreglando la casa. Una hora pasó sin que se oyera una palabra, cuando Juan, de repente, levantó la cabeza:

—Padrino mío, dijo él, ¿mi padre me ha dejado dinero?

Esta pregunta era tan extraña, que el cura, estupefacto, creyó haber oído mal.

—¿Tú me preguntas si tu padre?...

—Le pregunto á usted, padrino mío, si mi padre me ha dejado dinero.

—Sí, él ha debido dejarte dinero.

—Mucho, ¿no es verdad? Yo he oído decir muchas veces en este país que mi padre era rico. Dígame usted, poco más ó menos, qué me ha dejado.

—Pues, yo no sé... Me preguntas unas cosas...

El pobre cura sentía desgarrársele el alma. ¡Semejante pregunta en estos momentos! Creía, sin embargo, conocer el corazón de Juan, y en él no debían caber pensamientos interesados.

—Le ruego á usted, padrino mío, que me lo diga. Después le explicaré por qué se lo pregunto.

—Pues bien; tu padre tenía, según se dice, doscientos ó trescientos mil francos.

—¿Y eso es mucho dinero?

—Sí, es mucho dinero.

—¿Y todo ese dinero es para mí?

—Sí, todo ese dinero es para ti.

—¡Ay! pues tanto mejor, porque el día en que mi padre fué muerto, allí, durante la guerra, los prusianos mataron al mismo tiempo que á él, al hijo de una pobre mujer de Longueval... la tía Clement, ¿lo sabe usted? Han matado también

al hermano de Rosalía, con quien yo jugaba de pequeño. Pues bien, puesto que soy rico, y puesto que ellas son pobres, yo quiero partir con la tía Clement y con Rosalía el dinero que me ha dejado mi padre.

Al oír estas palabras el cura se levantó, cogió las dos manos de Juan, y acercándolo hacia él, le estrechó en sus brazos. Su blanca cabeza vino á apoyarse sobre la rubia cabeza del niño. Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos del anciano sacerdote, rodaron lentamente por sus mejillas y vinieron á caer por las arrugas de su venerable cara.

Sin embargo, el cura creyó deber explicar á Juan que, si él era dueño de la herencia de su padre, no tenía aún el derecho de disponer de ella, á su antojo, porque debía tener un consejo de familia y un tutor.

—Usted lo será, sin duda alguna, padrino mío.

—No, yo no, hijo mío, un sacerdote no puede ser tutor. Se escojerá, yo creo, á Mr. Lenient, el notario de Souvigny, que era uno de los mejores amigos de tu padre. Tú le hablarás y le manifestarás tus deseos.

Mr. Lenient fué efectivamente designado por el consejo de familia para llenar las funciones de la tutela. Las instancias de Juan fueron tan vivas y tan conmovedoras, que el notario consintió en separar de las rentas una cantidad de dos mil cuatrocientos francos, que fué todos los años,

hasta la mayor edad de Juan, repartida entre la tía Clement y la niña Rosalía.

Had. de Lavardens, en tales circunstancias fué muy buena. Habló al cura Constantino.

—Cédame usted á Juan, le dijo. Déjemelo por completo hasta que concluya sus estudios. Yo se lo devolveré todos los años durante las vacaciones. No es un favor que yo voy á hacer á usted, es un favor que le pido. No puedo desear nada más dichoso para mi hijo. Me resigno á abandonar momentáneamente Lavardens; Pablo quiere ser militar y entrar en Saint-Cyr. Sólo en París encontraré los profesores y los recursos necesarios. Yo me llevaré á los dos, y serán educados juntos, á mi vista, como hermanos. No haré diferencia ninguna entre ellos, puede usted estar perfectamente persuadido de esto.

Era difícil no aceptar semejante proposición. El anciano sacerdote hubiera querido conservar á Juan á su lado, y su corazón se despedazaba con la idea de esta separación; pero ¿dónde estaba el interés del niño? Esto era lo único que tenía que preguntarse á sí mismo. Lo demás no le importaba... Llamaron á Juan.

—Hijo mío, le dijo Mad. de Lavardens, ¿quieres venir á vivir conmigo y con Pablo algunos años? Yo os llevaré á los dos á Paris.

—Usted es muy buena, señora, pero yo quisiera quedarme aquí.

El miraba al cura, que volvía la vista á otra parte.

30297

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍ"
1825 MONTERREY, N.M.

—¿Para qué salir de aquí, continuó él, para qué quiere usted llevarnos á Pablo y á mí?

—Porque nada más que en París es en donde podéis acabar seria y útilmente vuestros estudios. Pablo se presentará para sus exámenes de Saint-Cyr. Ya sabes que quiere ser militar.

—Y yo también, señora, lo quiero ser.

—¡Tú soldado!... dijo el cura; pero esto no estaba en las ideas de tu padre... Muchas veces, en presencia mía, tu padre hablaba de tu porvenir y tu carrera. Tú debías ser médico, y como él, médico del campo, en Longueval... y como él, asistir á los pobres, y como él, cuidar á los enfermos. Juan, hijo mío, acuérdate.

—Me acuerdo, me acuerdo.

—Pues bien, entonces es preciso hacer lo que tu padre quería... Es tu deber Juan, es tu deber. Es preciso ir á París. Tú querías quedarte aquí, ¡oh! esto yo lo comprendo... y yo también lo querría... pero no puedes ser... Es preciso ir á París, trabajar, y trabajar con fruto. No es eso lo que me inquieta, tú eres verdadero hijo de tu padre, serás honrado y laborioso. Que no se és lo uno sin lo otro. Y, un día en casa de tu padre, en este mismo sitio, en donde él hizo tanto bien, la pobre gente de este país volvería á encontrar otro doctor Reynaud, que también le servirá de consuelo. Y yo, si por casualidad, estoy todavía en este mundo el día que esto suceda, seré tan feliz, ¡tan feliz!... Pero hago mal de hablarte de mi persona... Yo no debía... yo no cuen-

to ya, yo... En tu padre es en quien hay que pensar. Te lo repito Juan, era este su mayor deseo. Tú no puedes haberlo olvidado.

—No, yo no lo he olvidado, pero si mi padre me viera y me oyera, estoy seguro de que me comprendería y me perdonaría, porque por él...

—¡Por él!

—Sí, cuando yo supe que había muerto y cómo había muerto, en seguida sin reflexionarlo resolví ser soldado... ¡y yo seré soldado!... Padrino mío, y á usted señora, le ruego encarecidamente que no me lo impida... Prorrumpió en llanto y se llenó de lágrimas en una verdadera crisis de desesperación. La condesa y el cura le calmaron con tiernas y consoladoras palabras.

—Sí,... hombre,... sí, hemos comprendido... lo que tú quieras, todo lo que quieras...

Los dos tuvieron la misma idea. Dejemos al tiempo que lo haga. Juan no es hoy más que un niño: él cambiará de parecer. En lo cual los dos se equivocaron; Juan no cambió de parecer.

En el mes de Septiembre de 1876, Pablo fué reprobado en Saint-Cyr y Juan obtuvo el número once de la Escuela Politécnica. El día que la lista de aspirantes admitidos se publicó, escribió al cura Constantino:

«He sido admitido y muy bien admitido, porque quiero salir al ejército y no quiero ir á carreras civiles... En fin, si conservo mi puesto en la escuela será cuestión de arreglarlo con alguno de mis compañeros. El tomará mi puesto.»

Lo cual sucedió... Juan hizo más que conservar su puesto. La clasificación de salida le dió el número siete. Pero en lugar de entrar en la escuela de caminos y canales, entró en la Escuela de Artillería de Fontainebleau, en 1878... Acababa de cumplir veintiún años. Era mayor de edad, por consiguiente dueño de su fortuna, y el primer acto de su administración fué un cuantioso desembolso. Compró para la Clement y para la niña Rosalía, que ya era una moza, dos títulos de á dos mil y quinientos francos de renta cada uno. Estos costaron setenta mil francos, casi la misma cantidad que Pablo en su primer año de libertad en París, gastó con Mlle. Lisa Bruyère artista del Palais Royal.

Dos años después, Juan salió con el número primero de la Escuela de práctica, lo que le daba el derecho de escoger entre las vacantes. Había una en el regimiento acuartelado en Souvigny, y Souvigny distaba tres kilómetros de Longueval, pidió dicho puesto y lo obtuvo.

He ahí cómo Juan Reynaud, teniente del 9.º Regimiento de artillería, vino en el mes de Octubre de 1880 y volvió á tomar posesión de la casa del doctor Marcelo Reynaud. He aquí cómo se volvió á encontrar en este país en donde había transcurrido su niñez, y en donde todo el mundo había conservado el recuerdo de la vida y de la muerte de su padre. He aquí cómo el cura Constantino no se vió privado ya de la alegría de volver á ver al hijo de su amigo... Y, para decirlo

todo, perdonaba ya á Juan el no haberse hecho médico. Cuando el anciano sacerdote salía de su iglesia, después de haber dicho su misa, y veía flotar sobre el camino una nube de polvo, cuando oía temblar la tierra, bajo el rodar de los cañones... se detenía, y como un niño, tenía un gran placer en ver pasar el regimiento... ¡Pero el regimiento, para él, era Juan! El robusto y vigoroso jinete en cuyas facciones se leían claramente la rectitud, el valor y la benevolencia.

Juan, en cuanto veía de lejos al cura, ponía á galope su caballo y venía á hablar un poco con su padrino. El caballo de Juan volvía la cabeza hacia el sacerdote porque ya sabía que siempre llevaba un terrón de azúcar para él dentro del bolsillo de la vieja sotana, raída y remendada, sotana que tenía para las mañanas. El cura tenía otra hermosa, muy nueva, que la cuidaba mucho... para presentarse delante de la gente cuando iba al Castillo.

Los clarines del regimiento tocaban mientras atravesaba el pueblo... y todas las miradas buscaban á Juan, á Juanito. Porque, para los viejos de Longueval, siempre se había llamado Juanito. Cierta aldeano, ya muy viejo y cascado, no podía dejar la costumbre de saludarte, cuando pasaba con un: «Eh! adiós pillín, ¿va bien?» Y este pillín tenía seis pies de altura.

Y Juan, no atravesaba una vez el pueblo, sin mirar, en dos ventanas, la cara apergaminada de la tía Clement y la risueña fisonomía de Rosa-

lia. Esta última, el año anterior, se había casado. Juan había sido testigo de su boda; y alegremente, aquella noche bailó con las mozas de Longueval.

Este era el teniente de artillería que el sábado 28 de Mayo de 1881, hacia las cinco de la tarde, echó pie á tierra delante de la puerta de la casa del cura de Longueval. Entró, y su caballo le siguió dócilmente, yéndose él mismo solo á colocarse debajo de un pequeño cobertizo que había en el patio. Paulina estaba asomada á la ventana de la cocina, en el piso bajo, y Juan se acercó y la besó, cordialmente en ambas mejillas.

—¿Felices días, mi buena Paulina, cómo te va?

—Muy bien... Me estoy ocupando en tu comida... ¿Quieres saber lo que vas á tener? Sopa con patatas, una pierna de carnero asada y huevos con leche...

—¡Admirable! adoro todo eso y tengo mucha hambre.

—Y ensalada, que ya se me olvidaba, y que por cierto me ayudarás en seguida á cogerla. Comeremos á las seis y media en punto, porque esta tarde, á las siete y media, tiene el señor cura sus oficios del mes de María.

—¿Dónde está el Padrino?

—En el jardín... y bien triste que está por cierto el señor cura, á causa de la venta verificada ayer.

—Sí, ya lo sé, ya sé...

—Con verte á ti se repondrá un poco. ¡Se pone

tan contento cuando estás aquí! Mira, ten cuidado... Loulou se va á comer los rosales de enredadera... ¡Cómo suda Loulou!

—He dado una gran vuelta por los montes y andado de prisa.

Juan cogió por la cabezada á Loulou que se había acercado á los rosales de enredadera, le quitó la brida y la silla, le ató al cobertizo, y en un santiamén, con un manojo de paja en la mano le frotó por todo el cuerpo, después de lo cual entró en la casa, se desembarazó de su sable, cambió su kepis por un sombrero viejo de paja de cinco sueldos, y se fué á buscar al cura al jardín.

Estaba muy triste efectivamente, el pobre cura. No había pegado los ojos en toda la noche, él, que por costumbre dormía con tanta facilidad, tan dulcemente y con el celestial sueño de un niño. Sentía su alma destrozada. Longueval estaba ya en manos de una extranjera, de una hereje, de una aventurera. Juan repetía lo que Pablo había dicho la víspera:

—Usted tendrá dinero, y mucho dinero para sus pobres.

—¡Dinero! ¡Dinero!... Sí, mis pobres no lo perderán; tal vez ganarán... Pero este dinero será preciso que yo vaya á pedirlo, y en el salón, en lugar de mi anciana y querida amiga, encontraré á la americana de cabellos rojos—¡pues de este color dicen que los tiene!—Iré, ya lo creo, por mis pobres, sí, iré... Y ella me dará el dinero para ellos, pero no me dará más que dinero. La

marquesa daba otra cosa. Daba su vida y su razón... Ibamos juntos todas las semanas á visitar á los pobres y á los enfermos. Ella conocía todos los sufrimientos y todas las miserias del país, y cuando estaba sujeto en mi sillón por la gota, ella hacía la visita sola, tan bien y mejor que yo.

Paulina vino á interrumpir la conversación. Llegó con una inmensa ensaladera de porcelana, en la que se desbordaban chillonas y grandes flores encarnadas.

—Aquí estoy, dijo Paulina; vengo á hacer la ensalada... Juan, ¿tú quieres lechuga romana ó achicorias pequeñas?

—Achicorias pequeñas, respondió Juan alegremente... Hace ya mucho tiempo que no las he comido.

—¡Pues bien! Tú las tendrás esta tarde... Toma, coge la ensaladera...

Paulina se puso á cortar las achicorias y Juan se inclinaba para recibir las hojas en la grande ensaladera. El cura los observaba atentamente.

En este momento, un ruido de cascabeles se oyó á lo lejos. Un coche, sonando un poco á hierro viejo, se aproximaba... El jardinito del cura Constantino no estaba separado del camino más que por un seto muy bajo, á la altura del apoyo natural, en cuyo centro tenía una puertecita con montante.

Todos tres miraron y vieron venir una carretela de alquiler, de forma primitiva, á la que iban

enganchados dos caballos percherones blancos, guiados por un viejo cochero con blusa. Al lado de éste venía sentado un robusto criado con librea de la más severa y la más perfecta corrección. Dentro del coche venían sentadas dos señoritas, jóvenes las dos, con igual traje de viaje, muy elegante y muy sencillo.

Cuando el coche estuvo delante del seto del jardín, el cochero detuvo los caballos, y dirigiéndose al cura:

—Señor cura, le dijo: estas señoras le buscan á usted.

Después volviéndose hacia el interior:

—Abí está, añadió, el señor cura de Longueval.

El cura Constantino se aproximó y abrió la puertecita. Las viajeras bajaron del coche. Sus miradas se fijaron, no sin asombro, en aquel joven oficial que allí se hallaba con su sombrero de paja en la mano derecha y en la izquierda su gran ensaladera llena, rebosando achicorias.

Las dos señoras entraron en el jardín... y la de menos edad—parecía tener unos veinticinco años,—dirigiéndose al cura Constantino, le dijo con un cierto acento extranjero, muy particular.

—Me veo precisada, señor cura, á presentarme yo misma... Mad. Scott. Soy Mad. Scott. Soy yo la que ayer ha comprado el castillo... y la granja... y lo demás de sus alrededores. ¿Mo-

lestaría á usted si puede, al menos, concederme cinco minutos?

Después señalando á su compañera de viaje:
—Miss Bettina Percival... mi hermana, me figuro que usted lo habrá adivinado.

¿Nos parecemos mucho, no es verdad? ¡ay! Bettina... Hemos olvidado en el coche, nuestros saquitos de viaje,... y nos hacen falta.

—Voy á traerlos.

Y como miss Percival se preparaba á ir á buscar los dos saquitos de viaje, Juan la dijo:

—Ruego á usted, señorita, me permita ir por ellos.

—Siento mucho, señor, causar á usted esta incomodidad... El criado los traerá... Están en el asiento de delante.

Bettina tenía el mismo acento que su hermana, los mismos ojos grandes, negros, risueños y alegres, y los mismos cabellos—no rojos,—sino rubios con reflejos dorados en donde con una suma delicadeza brillaba la luz del sol. Saludó á Juan con una bonita sonrisa, y éste entregando á Paulina la ensaladera de achicorias, se fué á buscar los dos saquitos de viaje.

Durante este momento el cura Constantino introducía en su casa á la nueva dama del castillo de Longueval.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" * * *
Apto. 1625 MONTANREY, MEXICO

III

No era un palacio la casa del cura de Longueval. La misma pieza, en el piso bajo, servía para salón y comedor, comunicándose directamente con la cocina por una puerta grande y siempre abierta; y esta pieza estaba guarnecida con el mobiliario más triste y sencillo que puede verse: dos viejos sillones, seis sillas de paja, un aparador y una mesa redonda. Sobre esta mesa Paulina había puesto ya los dos cubiertos para el cura y para Juan.

Mad. Scott y miss Percival iban y venían, y examinando con una especie de curiosidad infantil la habitación del cura.

—Pero el jardín, la casa, todo es encantador, decía Mad. Scott.

Entraron las dos resueltamente en la cocina. El cura Constantino las seguía sofocado, estupefacto y asustado de la brusca y repentina invasión americana. La vieja Paulina, con aire inquieto y sombrío miraba á las dos extranjeras.

—¡Aquí están, se decía ella, estas herejes, estas condenadas!

Y con sus manos agitadas y temblorosas con-